

En los orígenes: la épica homérica en la filosofía de María Zambrano

1.

La obra de María Zambrano se asienta sobre una amplia formación literaria y sobre un conocimiento detallado de la evolución histórica del pensamiento. Nada de extraordinario tendrían estos dos fundamentos en un profesor universitario si no fuera porque en el caso de Zambrano literatura y filosofía, poesía y pensamiento, son esenciales en sus escritos, y de manera especial la literatura y el pensamiento griegos.

Hablar de literatura y de pensamiento griegos es necesariamente hablar de mitos, de dioses y de héroes, de misterios, de cultos y de ritos religiosos. El significado que estos aspectos culturales de la antigua Grecia tuvieron en las sociedades antigua y posteriores es destacado con brillantez y, a veces, con apasionada emoción por María Zambrano, sobre todo, después de que comprendiera que era en los orígenes de la Cultura Occidental donde se encontraban las raíces del problema del hombre actual, y era en aquellos mismos orígenes donde también encontraba ella la clave para una solución.

2.- El problema del hombre actual se podría sintetizar en el predominio de un racionalismo excluyente en la forma de pensamiento admisible y la consiguiente condena de cualquiera otra forma de pensar, de interpretar la realidad, de entender la vida, como pudieran

ser las formas de pensamiento poética, religiosa, mítica, mágica, mística, etc. En efecto, es en la cultura griega arcaica y clásica de los siglos VII al IV a. C., cuando la Filosofía inició su andadura en la vida del hombre, primero con los presocráticos y más tarde con Sócrates y sus discípulos Platón y Aristóteles. Fue la etapa en la que la razón, el *lógos*, logró imponer sobre las restantes manifestaciones del hombre la idea de que sólo un pensamiento lógico y empírico, demostrable con pruebas, era garantía de alcanzar la verdad y de ofrecer una interpretación inteligible y aceptable para todos. Las otras interpretaciones *no lógicas* eran dudosas, cuando no falsas, porque o bien no aspiraban a la verdad, o bien sus interpretaciones carecían del rigor de la prueba o de la mínima objetividad. Desde entonces y con distintos altibajos a lo largo de la historia la razón, el *lógos*, ha ejercido su dominio en la esfera del conocimiento del hombre. En el largo paréntesis que supuso el Cristianismo, desde finales de la Antigüedad hasta el Renacimiento y, con más exactitud, hasta el siglo XVIII, la razón natural cedió su puesto dominante a una “buena nueva” traída por la fe cristiana, salvadora y liberadora del hombre, porque éste se encontraba angustiado y desesperado ante la ineficacia de aquella razón natural. La “Buena Nueva” del *Eu-angelio* minusvaloraba la capacidad de la razón y depositaba su confianza, su creencia, su fe religiosa en la fuerza dinamizadora de la “revelación”, revelación del Dios nuevo y único, del Dios creador, que resolvía todos los problemas

trascendentes que el hombre se había planteado hasta entonces. Con la Ilustración del siglo XVIII, abandonada la fe ciega en aquel Dios cristiano, el hombre volvió a confiar en la razón, esta vez en la razón del mismo hombre, y condenó otra vez toda forma de pensamiento que no fuera *racional*, lógica y empírica, igual que había ocurrido en el siglo IV a. C. con Platón y con Aristóteles.

3.- Pues bien, es en el alba de la Filosofía, en el alborar del pensamiento griego, donde María Zambrano encontrará su lema para un pensamiento nuevo, la “Razón Poética”, una *razón*, un *lógos*, que no sea única, exclusiva ni excluyente, que no atienda y admita solamente el pensamiento discursivo y empírico, sino que esté *cualificada*, complementada con otra acción, con otra experiencia vital, con otra realidad humana, que es, a la vez que acción, pasión. Por ello esa nueva razón ha sido adjetivada como *poética*. Este adjetivo, usado hoy casi exclusivamente con el sentido común de una composición literaria en verso, etimológicamente posee una pluralidad de matices, entre los que el más destacado es el de significar “creativo”, “artístico”. Ello explica que los antiguos artistas griegos fueran *poietai*, ‘poetas’, creadores en sentido común, en sentido humano (nunca creadores en el sentido de “creación cristiana”, de un “crear de la nada”, que esto era atributo exclusivo del Dios único de la Biblia). Ésta es la justificación de por qué Zambrano designa su lema en unas ocasiones como “Razón Creadora”, otras como “Razón Poética”, e, incluso, como “Razón Mediadora”, porque, además de crear, propone que ese pensar nuevo medie entre lo divino (lo que el hombre no acierta a comprender con su razón) y lo humano (que sí puede comprender), para que el hombre genere una forma nueva de pensamiento, de interpretación de la realidad y

de conocimiento de la verdad, que permita y haga posible la convivencia¹.

4. En principio, la propuesta de María Zambrano parece una paradoja, por cuanto que la *razón* como forma de pensamiento *lógica* y, digamos para hablar con precisión, como forma de pensamiento científica, rehuye el verso y la poesía como modo de expresión, porque el pensamiento lógico requiere una precisión lingüística que la poesía no favorece con sus licencias métricas y literarias. Dicho en otros términos, la poesía no aspira primeramente a la claridad expositiva, sino que aspira sólo a expresar estética, rítmica y musicalmente no ya un pensamiento, sino sobre todo un sentimiento, una emoción o una experiencia personal de la que el propio autor no encuentra, ni tampoco le preocupa, las *razones* que los originan. Justamente lo contrario que el pensamiento científico.

Sin embargo, Zambrano afirma y confirma que el hombre es algo más que “razón”, es algo más que “lógos”, algo más que pensamiento científico, porque, además de pensar, el hombre *padece* (*páthos*), ‘padecer’ que hemos de interpretar como cualquier *ex-per-ienc-ia* (‘ir / atravesar de un extremo al otro’) no expresable con la exactitud del *lógos*, como cuando decimos que “no encuentro palabras para expresarlo”, tal vez porque no se pueda expresar; de ahí que ese *padecer* griego signifique sentimientos de alegría y de tristeza, de dolores físicos y morales, de deseos, anhelos, sueños y ensueños, emociones y pasiones, cuyos nacimientos, desarrollos y extinciones suelen escapar al juicio de la razón. Razón y sentimientos, *lógos* y *páthos* son dos realidades con las que el hombre ha de contar a lo largo de su vida, si busca una verdad más completa que las anteriores que no menoscabe la esencia compleja que lo constituye e identifica como hombre.

¹Zambrano resalta el sentido etimológico del término griego *poietés* en su ensayo “Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes”, *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 227: “<poeta> quiere decir aquí justamente creador al modo humano, descubridor, realizador de horizontes, quiere decir, pues, dado al pensamiento que se empeña en esta acción que es transformación”.

5. La razón natural, el *lógos physikós*, había recriminado de la mano de Platón y de Aristóteles las formas de interpretar la vida de otros hombres. Platón censuró a los poetas por no buscar la verdad, sino sólo el encanto del público y la estética de su arte literario. Aristóteles condenó a los pitagóricos por sus prácticas pseudocientíficas y por sus métodos dogmáticos. Con esas condenas caían en el menosprecio la música, la danza, los ritos, cultos y misterios, como los vinculados al orfismo y a la ciudad sagrada de Eleusis². De hecho, la familiaridad con la que Sócrates y Platón hablaban del oráculo de Delfos recuerda la ligereza con la que los filósofos presocráticos trataban a los dioses de la religión griega: oráculos y dioses habían pasado a ser un pretexto para la crítica irónica de la filosofía inicial.

6. Esta forma de actuar de la filosofía primera, la socrática de Platón y de Aristóteles, fue determinante para que la forma de pensamiento *lógica* se impusiera sobre las demás. Mas como en toda tragedia griega, el destino es implacable y termina imponiendo su voluntad inapelable, impredecible la mayor parte de las veces. Es el caso que veinticinco siglos después de aquellas condenas de Platón y de Aristóteles, o tras los dos siglos de hegemonía absoluta y exclusiva ejercida por la *razón* desde el siglo XVIII, el hombre del siglo XX se ha vuelto a encontrar desvalido y desesperanzado ante el vacío que esa *razón* excluyente implica, de la misma forma que el hombre antiguo precristiano había *padecido* un vacío similar por la desesperación que le produjo la incapacidad del *lógos*. La razón moderna, guiada por Kant, se ha mostrado también incapaz de resolver los principales problemas del hombre contemporáneo.

7. El fracaso de esta razón absoluta ha sido seguido por nuevas e insuficientes pro-

puestas de otras razones, algunas de las cuales han sido analizadas y experimentadas por la propia escritora malagueña. Entre ellas están las razones de sus maestros Unamuno, Ortega y Zubiri, razones trágica, vital-histórica y sentiente, respectivamente. Mas ninguna de las tres ha sido capaz de evitar los desastres de las guerras mundiales y civiles, las calamidades de los pueblos, las hambrunas, las miserias, las ruinas. Son las “ruinas” para Zambrano un concepto de significación filosófica positiva, a pesar de la paradoja, porque las ruinas son el testimonio que nos queda de una etapa que fue, pero que aún perdura parcialmente en pie para “dar cuenta” a las generaciones posteriores de un pasado que no se debe olvidar, pues con él es preciso vivir el presente y preparar el futuro; es un pasado que ha sido necesario para que el presente pueda ser como es. Esas ruinas, aunque sean testimonios de un tiempo ya ido, siguen viviendo en la memoria y en la conciencia de los herederos de ese pasado y son semillas que involuntariamente germinarán en tiempos venideros³.

8. De ahí que las desgracias, las calamidades y las ruinas provocadas por las guerras del último siglo hayan suscitado unos sentimientos de dolor y de angustia, de soledad y de desesperación, que han llevado al hombre, han llevado en nuestro caso a María Zambrano, a la desconfianza de las razones nuevas de sus maestros por insuficientes e ineficaces. En su lugar, ha propuesto, en un esfuerzo que surge de donde parece no quedar ya nada sino sólo ruinas, algo nuevo, una razón nueva no exclusiva ni violenta, una razón que siente, que padece, que piensa. Su propuesta de la “Razón Poética” no sólo busca una razón, sino que conlleva un método nuevo. Esa búsqueda filosófica representa en Zambrano un sacrificio, un acto de piedad, similar al que en la tragedia

² Véase nuestro artículo “Los misterios de Eleusis en la obra de María Zambrano: Un pensamiento nuevo a partir del antiguo *Hierós lógos*”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 21, 2003, pp. 267-293.

³ Recuérdese, por ejemplo, su ensayo “Las ruinas” en el capítulo III de *El hombre y lo divino*, Madrid, F.C.E. (1955), 1993r.

griega realizara Antígona, cuando inocente fue condenada a morir en vida; aquel sacrificio significó para el hombre, filosóficamente, la adquisición de una conciencia de sí mismo⁴. El esfuerzo de Zambrano al dedicar su vida en la búsqueda de esa razón, en su expresión con *lógos* desde su corazón apasionado, es como una condena a vivir con la obligación de encontrar la luz de la Aurora en el espeso bosque del alma humana. Su nueva razón reúne el pensamiento lógico y el sentimiento en una unión común de *lógos* y de *páthos*, unión que se hace posible cuando interviene el Amor, escrito con mayúsculas y entendido en la más noble de sus acepciones, un Amor divino, como una Afrodita inalcanzable y como un Eros inesperado, un Amor sagrado (en el sentido de oscuro, oculto, secreto, ambiguo, inaccesible, ininteligible para la razón, pero real porque el hombre lo *padece*), que armoniza sus distintas facultades y posibilita la convivencia. Ese Amor es simbolizado como residiendo en el corazón, en las entrañas, en aquella parte del hombre que, latente, sustenta la vida.

9. Hasta aquí hemos ido repasando en síntesis algunos aspectos del pensamiento zambraniano; en cada uno de ellos hay expresiones concretas de literatura y de filosofía griegas, de su religión y de sus mitos, de su arte y de sus misterios. La figura de Homero, primer *poeta* de Occidente, origen literario de nuestra cultura, sonora voz del cantar de los dioses y de los héroes, servirá como ejemplo de cuanto acabamos de decir. Nuestra exposición debiera incluir a otros poetas épicos, líricos y trágicos para completar el tema de los orígenes griegos de la filosofía de Zambrano, mas el espacio disponible no nos permite sino ocuparnos brevemente de la presencia del poeta jonio en la obra de la escritora malagueña. Autores como Hesíodo, el poeta de la cosmogonía y de la teogonía, Píndaro, el aristocrático cantor del “hombre como sombra de un sueño”, Safo, la

poetisa apolínea cultivadora del amor, Teognis, el poeta del todopoderoso Zeus, y los trágicos Esquilo y Sófocles, ocupan un lugar fundamental en la génesis y desarrollo del pensamiento de María Zambrano. Habría que añadir también a los poetas filósofos Tales, Zenón, Jenófanes, Parménides, Heráclito, Anaximandro, Empédocles..., al tardío autor Plotino, a los latinos Virgilio y Séneca, sin olvidar a los filósofos propiamente dichos, Platón, Aristóteles, Teofrasto, etc. Sirvan, pues, las páginas siguientes como una prueba inicial del fundamento literario que la filosofía de Zambrano posee desde sus comienzos.

10. Homero.

a) Hemos dicho que Antígona da al hombre la conciencia de sí mismo cuando muere condenada a ser encerrada (enterrada) viva. Pero Zambrano habla de otras conciencias, como la del poeta, que más que conciencia, hubiéramos preferido leer “intuición”, porque para Zambrano el poeta, aunque no sepa lo que dice, tiene un género especial de conciencia, que consiste en una lucidez para mantenerse fiel a las fuerzas divinas, demoníacas o extrahumanas, fuerzas que le poseen y hacen heroico su vivir errabundo. Pues bien, entre los poetas es Homero el más grande y el más admirado, y contra él arremetió Platón al condenar la poesía. El poeta, por esa ética específica que le confiere su particular conciencia, se considera “irresponsable”, porque él pone sólo la voz, el sonido, para que el canto de las musas y de los dioses se pueda oír realmente. Platón, también poeta, arremetió contra Homero de forma implacable y por eso Zambrano lo explica así:

Es la acusación de tantos siglos contra el poeta, aun más allá de la poesía. Más coherente consigo mismo Platón, más leal hasta las últimas consecuencias, más extremista, con todo creyente, decretó la condenación de la

⁴Además de *La Tumba de Antígona*, Zambrano escribió varios textos dedicados a esta heroína trágica: “Prólogo a *La Tumba de Antígona*”, “Delirio de Antígona”, “La tragedia: Edipo y Antígona”, etc.

poesía también. Después nadie se ha atrevido a tanto, sino que han aceptado a la poesía, vencidos por su encanto y han confinado al poeta, porque el poeta, en verdad, no es responsable. No sabe lo que dice. Platón se encara nada menos que con Homero, el venerable, y le pide cuentas. Posee, dice, todos los saberes sin poseer en realidad ninguno. [...] Esta conciencia [del poeta...] no fue menos heroica desde su comienzo. Y así los reproches de Platón a Homero, se tornan en otras tantas alabanzas, en otras tantas pruebas de su fidelidad, de su martirio. Acusa Platón al divino cantor, de andar errante por los caminos, de pueblo en pueblo, cantando. Acusa, el que no dejara ningún modelo de vida, como hiciera Pitágoras, para guía y ejemplo de los demás hombres. Da por sentado que el único quehacer importante del hombre sea el de descubrir el medio de gobernar sus días y poderlo transmitir a los demás para ayudarles en idéntica tarea. Y Homero con atreverse a hablar de todas las cosas divinas y humanas, no hizo nada de eso. Y todavía más, denuncia que si la compañía del cantor hubiera sido dulce y provechosa, amigos y discípulos le hubieran rodeado sin dejarle partir, le hubiesen retenido junto a sí, o arrastrados por el amor al maestro, hubiesen partido con él en sus caminatas. Insiste, insiste Platón, con la terquedad del que quiere dejar bien amartillado un razonamiento: si Homero hubiese realmente sabido alguna ciencia o hubiese sido capaz de realizar hermosas hazañas, no se hubiera dedicado a cantar las de los demás, pues es superior el hacerlas a cantarlas.

[...] Bella imagen ésta del poeta, ésta que en Homero se dibuja. Sin aguardar a ser buscado, va como la poesía misma, al encuentro de todos, de los que creen necesitarla y de los que no, a verter el encanto de su música sobre las pesadumbres diarias de los hombres, a rasgar con la luz de la palabra las nieblas del tedio, a volver ligera la pesadez de las horas. Va también a consolar a los hombres con la rememoración de su origen. Pues la poesía también tiene su reminiscencia. Va a llevarles su memoria y el olvido⁵.

b) En el conocido ensayo que dedicara a comentar el libro que Antonio Machado había escrito sobre la guerra, María Zambrano elogia el quehacer poético de su viejo amigo y la calidad de su creación literaria. María unirá la calidad poética de Machado a sus reflexiones profundas sobre la esencia del hombre y la conciencia del poeta. De nuevo poesía y filosofía, de nuevo tragedia (“fatalidad ciega”) y razonamiento (“expresión liberadora”) están presentes en sus reflexiones. Así, dirá que la obra de Machado es expresión clara y máxima de las verdades más ciertas de la vida y que su perfecto lenguaje parece provenir del fondo mismo de nuestra historia, como palabras paternas de un pueblo que necesita reconocerse en ellas y depositar su confianza en un destino difícil que el poeta nombra, alude y testifica. Es el momento en el que la poesía se une en la acción con la política, es la forma en la que la poesía colabora en la lucha de un pueblo “transformando la *fatalidad ciega* en *expresión*”

⁵ *Filosofía y Poesía*, Madrid, F.C.E., 2001, pp. 43-5. (1ª edic., Morelia [Méjico], 1939). En la definición elogiosa del poeta Zambrano incluye una nota a pie de página en la que recoge unos versos de Antonio Machado: “... y caminante en sueños / que va buscando a Dios entre la niebla”; (ídem p. 45). La condena de la poesía y de Homero realizada por Platón aparece recogida también en “Un impar monumento”, ensayo incluido en *Las palabras del regreso. (Artículos periodísticos 1985-1990)*, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 98, donde dice: “Los pitagóricos se habían reconciliado con Homero, el que dio figura a los dioses, pero no la razón. Platón, por su parte, el tan severo juez de Homero, y con él de la poesía toda, en virtud de darnos sombras y engañarnos con ellas, según el mito de la caverna, parecía haberse fundido en la gran corriente del nuevo pitagorismo, que para salvar el alma se expresaba, a veces, por símbolos”. En el mismo escrito, p. 97, al escribir sobre el descubrimiento del singular monumento conocido como la Basílica Neopitagórica de Roma, Zambrano menciona de nuevo a Homero como un tema de alta poesía que se debatiría en ese singular edificio en la Antigüedad. Otra referencia al poeta épico aparece en “Aquel 14 de abril” (ídem, p. 39), que hemos comentado en nuestro artículo “Afrodita y Eros (*Amor*): dos mitos clásicos en los orígenes de la filosofía de María Zambrano”, en *Revista de Filología* de la Universidad de La Laguna nº 22, 2004 (en prensa).

sión liberadora”. A ello añade el emparejamiento del poeta ciego Homero y de Antonio Machado:

Y sin buscarlo nos acude a la mente un nombre: Homero, a quien de un modo literario en nada pretendemos cotejar con nuestro humilde cantor de los campos castellanos, el cantor (¿coincidencia?) de las *altas praderas numantinas*. No se trata de comparar méritos, ni nosotros sabríamos discernirlo, pero es quizá una categoría poética que un poeta determinado puede llevar con más o menos talento, con más o menos fortuna literaria. Si acude con su grandeza impersonal -impersonal hasta en su ciega mirada- el divino cantor de la Grecia legendaria es por eso justamente, por su impersonalidad, porque a su través ya no creemos escuchar a un hombre determinado, sino a un pueblo⁶.

c) Otra idea del anonimato y de la impersonalidad de Homero se recoge en su libro *Aurora* cuando explica la existencia de tres *lógos*, de tres lenguajes, razones o modos de expresión. Es en el capítulo dedicado a los números y los elementos donde habla de las lenguas sagradas en las que habría que distinguir esos tres *lógoi*, el lógico, el matemático y el espermático (*spermatikós*), como si fueran tres ramas nacientes de una sola raíz. Habla de la representación, de la arquitectura del ser que el hombre prefiere antes que al ser mismo, y esa representación es fruto de un *lógos spermatikós*, de una razón seminal que genera, transmuta y crea. La reflexión zambrana se expresa con profundo sentido poético, casi místico, y resulta difícil su interpretación a no ser que el lector siga atentamente el hilo conductor de todo el texto. En lo que a nosotros nos interesa, Homero, valga el siguiente fragmento:

El principio de la representación se impone sobre la gracia natural, aquélla que se

da cuando el lugar y su función coinciden, siendo entonces órganos de ser, vivientes. Lo que el ser humano crea así entra a formar parte de la creación, es decir, es la obra, se dé donde se dé, de ese *lógos* llamado *spermatikós*. Y es lo que únicamente debería llamarse obra, digna entonces de ser anónima, como en efecto ha podido suceder. ¿Quién es Orfeo, quién Homero, quién Shakespeare, y quién Cervantes aunque algunos crean saber tantísimo de él, justamente los mismos que ni le hubieran dirigido la sombra de una mirada en vida?⁷

d) Aunque alusiones indirectas al cantor de la *Iliada* y de la *Odisea* hay en otros escritos, es en su gran obra *El hombre y lo divino*, donde más citas concretas podemos encontrar. Para Zambrano Homero no es tanto el poeta de las hazañas de Aquiles o el de las aventuras de Odiseo, sino el cantor por excelencia de los dioses griegos, sin que ello signifique que no conozca el canto que otros poetas posteriores hicieron como Hesíodo, Safo, Píndaro o los trágicos, sólo que en Homero Zambrano ve la “aurora” de esas divinidades que “son como son”, “insolidarias”, “impasibles”, con defectos comunes propios de hombres, pero que en esa etapa arcaica griega lo que interesa filosóficamente es que el poeta, la poesía no busca el *ser* (“no son criaturas de ser”), sino que las divinidades son criaturas de *metamorfosis* (p. 47). Así, en el capítulo titulado “De los dioses griegos”, empieza diciendo que:

La aparición de los dioses homéricos produce, más que la de ningunos otros dioses, la impresión de ligereza, al par que de eternidad, propia de la aurora. Y como el alba, son anuncio y realidad. Aparición de una luz prometedora que llega después de una larga espera angustiosa y que parece traer consigo un reino imperecedero⁸.

⁶Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil. Madrid, edit. Trotta, 1998, p. 173.

⁷De la Aurora, Madrid, ediciones Turner, 1986, p. 74.

⁸El hombre y lo divino, Madrid, Ediciones Siruela, 1991 (1ª = 1955), p. 44.

e) Hay un texto más adelante titulado “De la paganización”, en el que la idea de los dioses homéricos aparece más desarrollada y comentada en su evolución histórica dentro del pensamiento griego, en particular, cuando surge la filosofía. Nos dirá Zambrano que los dioses “caen”, es decir, se pierde la fe en ellos en un proceso paulatino por el que el hombre va ocupando lentamente su lugar, y, por otra parte, lo divino, lo que de los dioses va quedando conforme van cayendo, es obra no sólo de la poesía, sino también de la filosofía. Se pregunta Zambrano por cómo debieron ser entendidos, pensados, los dioses antes de Homero, pero no nos podemos detener en el comentario de estas interesantes reflexiones, pues este ensayo es explicación del origen “humano” de los dioses, su aparición histórica en el ámbito del pensamiento y, lógicamente, el tema merece ser tratado en un estudio específico. Lo que nos interesa a nosotros en este punto es lo que dice de Homero y por qué lo menciona. Las siguientes palabras lo sintetizan:

El hombre se fue manifestando en su condición humana, liberándose al par que lo divino se manifestaba, por obra del pensamiento filosófico, a partir de la poesía, sí, aunque riñera batalla contra ella. Los dioses no podían ser a imagen del hombre sino en una estación muy avanzada de la cultura, cuando ya el hombre se había atrevido a mostrarse, a creer en su propia existencia. Y esto aconteció, que sepamos, con la poesía homérica, testimonio de que el hombre recogía sus propias acciones como no indignas de los dioses y aun en rivalidad con ellos. Este inicial orgullo fue la base primera para que el hombre se manifestara, buscara su definición y se preguntara más tarde ¿qué son las cosas?, las cosas naturales, y para que, intentando su explicación, llegara a liberar lo divino que las movía y hacía ser. Difícil es saber, precisar qué comenzaron siendo los dioses antes de que Homero les die-

ra forma poética tan leve y transparente. Pero, sin duda alguna, cuando llegó la hora de su retirada, cuando fueron destituidos no recayeron en aquel estadio primario, sino más bien en uno contrario. [...] Los dioses no nacen, no se manifiestan un día sino que están ya ahí; han estado siempre; es su forma la que les viene dada por el hombre. Su presencia oscura preexistía a su imagen, que es lo que el hombre griego, tan dotado para la expresión, tan necesitado de forma, logró darles. La estancia de lo sagrado preexiste a cualquier invención, a cualquier manifestación de lo divino. [...] Y la acción que el hombre realiza es buscar un lugar donde alojarla, darle forma, nombre, situarlos en una morada para así él mismo ganar la suya; la propia morada humana, su “espacio vital”. La estancia de lo sagrado, de donde salen las formas llamadas dioses, no se manifiesta un día u otro; es consustancial con la vida humana. El esfuerzo poético griego fue darle definición. Definir los dioses es inventarlos como dioses, mas no es inventar la oscura matriz de la vida de donde estos dioses fueron naciendo a la luz⁹.

f) En “La condenación aristotélica de los pitagóricos” Zambrano insistirá en la idea de Platón de atacar a Homero y a la poesía y en el aprecio que el gran épico griego tenía entre los pitagóricos. Si en otros escritos se destacaba la repercusión filosófica de las condenas de Platón y de Aristóteles, en este ensayo Zambrano destaca la manifiesta contradicción del mismo Platón, no porque en su filosofía propusiera mitos nuevos como única salida a sus propias investigaciones, sino porque él mismo se condenaba como poeta que había sido y seguía siendo, cuando censuraba a Homero su arte literario. Lo expresa así:

Sabido es el culto de los pitagóricos a Homero, el poeta de los dioses, afirmado especialmente en los tiempos pos-aristotélicos, mientras que Platón, tan tocado de Pitagoris-

⁹Ídem, pp. 220-1.

mo, fue implacable con sus “fábulas”, más aún que Aristóteles con los pitagóricos. Se trataba de lo mismo en las dos condenaciones: de la existencia de la filosofía. Platón había decidido ser filósofo y así su condenación es más extrema porque se trataba en el fondo de un sacrificio: el Platón filósofo condenaba al Platón poeta, a su ex-futuro. Y esas condenaciones, aun tratándose de asuntos menos universales, suelen ser las más implacables; nada se condena con mayor crueldad que aquello a lo que se renunció ser o aceptar un día¹⁰.

g) Un último pasaje de este libro interesante que sea destacado para comprender la implicación de la literatura, de la poesía, en el devenir del pensamiento filosófico. Si el tiempo es uno de los grandes temas que ocupan y preocupan a Zambrano durante toda su vida, hay un ensayo titulado “El templo y sus caminos”, donde la idea de tiempo surge a partir del concepto de lo sagrado y donde Zambrano distingue un tiempo divino y un tiempo humano. Una vez más será Homero la referencia para la reflexión filosófica de Zambrano y una vez más será la literatura y la cultura griegas las que permitan a la escritora malagueña engendrar su original pensamiento. Dice así:

Como todas las aporías de Zenón se cumplen en un tiempo solamente humano, que desde el ser de Parménides resulta un tiempo infernal. Mas dado este tiempo humano por concesión y por gracia de los dioses, resulta ser un tiempo humano divino, un tiempo mediador. Mientras que en los mitos que relatan y reflejan las historias de los dioses entre los mortales, la velocidad de la acción divina arrebatada, consume, se sobrepone. Sólo la paciente Atenea, según Homero nos la presenta ayudando a Ulises, desciende a transitar por un tiempo humano; va y viene de la casa

al puerto, según el curso de las horas de un día. Iba disfrazada, ya que ella, la diosa, no podía manifestarse en su presencia divina así¹¹.

11. Conclusiones

Hemos podido apreciar varios pasajes sobre el primer poeta épico de Occidente, sobre Homero, en la obra de Zambrano. Ideas, creencias y anécdotas sirven para ejemplificar sus reflexiones, para probar su pensamiento sobre la pugna entre filosofía y poesía y para confirmar su interpretación de los pasos dados por el pensamiento del hombre en su histórica evolución.

No quiere ello decir que su obra esté anclada en la Antigüedad, o en la Grecia precristiana, o que no atienda a los otros momentos posteriores de la filosofía, sino que sobre el pequeño ejemplo de la figura de Homero Zambrano crea una extensa y profunda reflexión sobre la historia del pensamiento del hombre, y *da cuenta* de cómo fue el pensamiento en aquella etapa de los siglos VIII al IV a. C., donde tuvo lugar ese drama agónico de la poesía épica (y lírica) con la filosofía, representada poética, musical y ritualmente en la tragedia. La naturaleza y la razón se habían impuesto sobre los dioses. Y en esta imposición jugó su papel necesario el “poeta de los dioses”, Homero.

Aquella tragedia resurgiría en el siglo XVIII, tras el Renacimiento, con unas pretensiones mayores de exclusividad que las de la filosofía antigua, y es ahora, en el siglo XX, el siglo de Zambrano y de sus maestros, cuando aún se busca esa *razón* que garantice el conocimiento y la convivencia. Y nuevamente ha surgido un *agón* entre literatura (poesía, teatro y

¹⁰ Ídem, pp. 92-3.

¹¹ Ídem, p. 307. Véase, también, la alusión a Homero, -también a Virgilio-, como autor de *La Odisea* en p. 108, cuando comenta que debió ser un pitagórico el autor de una interpolación posible de un pasaje en este poema, aquél en el que se relata que “el alma de Heracles disfruta en el Olimpo con los dioses, mientras su *eidolon*, su sombra que habita en el Hades, responde a la invocación de Ulises”.

novela) y filosofía (racionalismo y sus escuelas: tratados y ensayos). La originalidad del *agón* actual es que el papel de “dioses” lo realiza no un personaje divino, sino una facultad divinizada, la razón humana, cuyo poder absoluto resulta difícil de desmitificar. Literatura y filosofía rinden pleitesía a esta Razón todopoderosa, porque la aceptan o porque la rechazan.

De aquí que Zambrano proponga una razón nueva, la Razón Poética, síntesis de aquellas dos potencias originarias, radicales, surgidas y definidas en la Grecia antigua. Aspira con su lema a hacer posible la convivencia

sin exclusiones y una forma de pensamiento más completo, constituido con *lógos* y *poíesis*, que lleve al hombre a un conocimiento más próximo a la verdad.

Homero y los dioses griegos han sido para Zambrano un recurso con el que explicar mejor su pensamiento. En nuestro estudio hemos mencionado sólo a un poeta y a algunos dioses. Es la singularidad de la literatura griega y es una de las fuentes del pensamiento europeo como diría Bruno Snell. Así lo entendió también María Zambrano.